

[216]



La invasión pacífica. Los turistas y la España de Franco

Autor: Sasha D. Pack

Editorial: Turner, 2009

ISBN: 978-8-47506-855-8

Páginas: 344

Cuando en septiembre de 2006 una editorial de prestigio como Palgrave publicó el libro *Tourism and Dictatorship. Europe's Peaceful Invasion of Franco's Spain*, del historiador norteamericano Sasha Pack, era cuestión de poco tiempo el que alguna editorial nacional se interesase por su publicación; aún así pasaron casi tres años para que, la también prestigiosa Turner, apostase por su traducción al español con el título de *La invasión pacífica. Los turistas y la España de Franco* (2009). El interés de la obra y lo inédito del tema lo justificaban sobradamente. Incomprensiblemente, de todo lo que se ha escrito y se sigue escribiendo sobre el largo período franquista, todavía no se había tratado el turismo, un sector tan clave como ignorado por la historiografía, con la única excepción de los trabajos de Pellejero que, en 1999 y 2000, se acercó a la economía

del turismo franquista y a la participación estatal en el sector turístico (ATESA y ENTURSA), o ese mismo año, el libro de Esteve y Fuentes, también sobre economía e instituciones turísticas en los años del franquismo.

En cualquier caso, seguían existiendo otras dimensiones de lo turístico que desconocíamos y que, en ese momento, nos revelaba el libro de Pack; el primero que, de una forma rigurosa y documentada, se ha atrevido a reflexionar sobre turismo y franquismo en su globalidad, una alianza que parece casi natural porque decir turismo en España es pensar, casi inequívocamente, en el franquismo y el boom de los años 60. La perspectiva de Pack, sin dejar de lado el fenómeno masivo en las playas españolas, se plantea el turismo, sobre todo, como una de las claves que explican cómo España se fue ajustando a la coyuntura internacional en los años 50 y 60, así como la irónica versatilidad del franquismo que supo adaptarse al cambio y, a pesar de no creer ni apostar por el turismo, convertir a España en una de las primeras naciones turísticas de Europa. Su aportación a la historiografía del turismo español es precisamente esa: equilibrar historia del turismo con las claves de la modernización franquista o los resortes cambiantes del poder, la economía y la diplomacia en los años del desarrollismo español que permitieron que de 6 millones de turistas en 1960 se pasase a 24 al final de esa década, convirtiendo a España en el escenario vacacional más importante del continente.

Las conclusiones a las que llega el autor están sustentadas en un análisis muy serio y fidedigno de las fuentes, donde destacan sobre todo el Archivo General de la Administración y el de Asuntos Exteriores, así como entrevistas personales a algunos protagonistas del período,

como Manuel Fraga, León Herrera o Francisco Girón, además de una exhaustiva documentación de periódicos, revistas y boletines de la época.

Los siete capítulos en los que está estructurado el libro abarcan desde 1945 a 1975, es decir, todo la dictadura, lo que convierte a este obra en la principal referencia a la hora de hablar de turismo y franquismo. En realidad, el libro arranca en 1945 (pasa muy de puntillas por los años anteriores) precisamente para sustentar una de las tesis del autor: el rol modernizador que el turismo empezaría a jugar en toda Europa desde el final mismo de la guerra y el papel de acelerador y catalizador que tendría el turismo europeo en una España hasta entonces aislada, pobre y autárquica. No obstante, en un primer capítulo recoge algunos precedentes turísticos nacionales en la que, es a mi juicio, la parte más floja del libro donde el autor llega a hablar de “optimismo abstracto y planificación inconexa” (p. 95) en los años de entreguerras. Hoy sabemos que esto no fue así, y que la administración turística de entreguerras hizo una excelente labor, diseñada y perfectamente planificada para impulsar el desarrollo turístico nacional. En cualquier caso, la ruptura con el discurso anterior a la guerra fue tal que no es un error no ligar ambas administraciones turísticas porque la franquista, con Bolín a la cabeza, no fue, en absoluto, la natural heredera de la del turismo de entreguerras.

Muy interesantes son los capítulos II y III que desarrollan los años 1945-57 cuando se empezaron “a levantar las barreras”. Desde 1945 el régimen franquista empezó a tomar conciencia de que el turismo no era una mera cuestión cultural o propagandística, sino un asunto social, comercial e incluso diplomático. Sin embargo, entender no significa aceptar y, de hecho, el

Régimen se movió durante casi toda la década de los cincuenta en una calculada ambigüedad entre el aislamiento y la apertura, el proteccionismo económico y la necesidad de internacionalizar su economía, que hizo mucho daño al turismo nacional, pero sobre todo, empezó a caracterizarlo y definirlo como una cuestión incómoda, a medio camino entre lo visible y lo invisible. [217]

Querido o no, es un hecho que a partir de 1957, se produce “el gran salto”: la transformación del turismo en el gran negocio nacional, pero también en un fenómeno que “empezó a dejar huella en la conciencia nacional”, porque si bien el despegue del turismo como industria coincidió con el Plan de Estabilización del 59 al que el país estaba abocado desde la crisis inflacionista del 56 y las presiones para acercarse a las economías europeas, su potente huella en el imaginario nacional estaba empezando a marcar a toda una generación, asunto éste que se desarrolla con más detenimiento en el capítulo VI, y que es especialmente revelador puesto que se analiza el fenómeno turístico en su “significación multidimensional”, del que el desarrollo económico era sólo una faceta.

La total incorporación de lo turístico a la vida nacional en los años sesenta (1962-69) se analiza en los capítulos V y VI, cuando Pack desgrana el diseño de la estrategia gubernamental para adecuar sociedad y turismo en la dosis que al gobierno le interesaba. Desde las campañas informativas de Fraga, empeñado en hacer de los españoles los perfectos anfitriones de los extranjeros, hasta el ajuste del mercado laboral o los mensajes europeístas y de paz mundial en plena década de intensificación de contactos internacionales de una España que, poco a poco, se iba incorporando (al menos en lo diplomá-

[218]

tico) al concierto internacional. Mientras, la realidad diaria se quedaba en un nivel más prosaico ya que el reto fue, sin duda, la conciliación entre la conducta de los turistas y las costumbres locales, siendo, en este sentido, el turismo uno de los primeros espacios de quiebra de la mentalidad tradicional ante la mentalidad innovadora y en uno de los fenómenos de masas más apasionantes para explicar las complejas transformaciones de la España del desarrollismo.

Un asunto muy interesante que adelanta Pack, es el del camino de Santiago, prácticamente inventado por Fraga y su equipo, aunque ya en 1954 los responsables turísticos inauguraron un lujoso parador en Santiago de Compostela, que se ha convertido en el único proyecto turístico que ha sobrevivido a su tiempo: arrancó en el nacional-catolicismo, despegó en el desarrollismo y se ha consolidado en la actualidad. El contraste entre el interior y el litoral, el desbordante turismo de veraneo y los desesperados intentos del Régimen por sacar adelante otros modelos más culturales y decorosos son otros aspectos que se analizan en esta etapa y que no sólo explican las millonarias inversiones en el Camino de Santiago (lo que no ocurrió en otros sectores) sino también la concepción que del turismo tenía el franquismo.

Para Pack, fue “el sentimiento cada vez más acusado de que España se estaba convirtiendo en un patio de recreo decadente para las clases trabajadoras de Europa” lo que precipitó la desilusión hacia el mismo y, a la larga cuestionó el modelo franquista, sentimiento éste acelerado entrando en los setenta cuando todo se volvieron culpas y cargas, aunque fueran todavía muy veladas e indirectas sobre lo que era, y en lo que había derivado, la industria turística española. El neocolonialismo, el incre-

mento del coste de la vida, los efectos en la urbanización del litoral, las consecuencias adversas en el modelo laboral... todo parecían inconvenientes en el modelo turístico español que, además, se enfrentaba desde 1974 a la mayor crisis de su historia. La necesidad de reorientación del sector, basada, según el autor, en la mejora de la experiencia turística y la superación de la dependencia de los turoperadores para dar más margen a los negocios nacionales son los principales retos a los que se enfrentaba el turismo español en el final del franquismo y los primeros años de la transición. El cambio de discurso, insistiendo en la calidad y no tanto en la cantidad, era el reto que la resaca franquista dejó al turismo nacional. Reto que fue asumido por los nuevos gobiernos democráticos y que no se hizo evidente hasta, al menos, dos décadas después.

Curiosamente, Pack concluye su estudio sobre el turismo español durante el franquismo con una sugerente reflexión sobre el verbo europeizar como sinónimo de “normalización respecto a cierto modelo estándar ideal” (p. 285) que sirve de *leitmotiv* a la síntesis final, pero también como clave de interpretación de uno de los muchos papeles relevantes que el turismo jugó, y ha jugado, en la España contemporánea. ¿Realmente fue el turismo el principal vehículo de europeización nacional? ¿España se acercó, más y mejor, a ese estándar idealizado gracias a los millones de europeos que, año tras año llegaba a nuestro país? ¿Es europeización lo contrario a diferencia, es decir, se puede ser europeo y diferente? Son preguntas difíciles a las que se trata de responder en el libro. El turismo de masas fue fundamental en las reconstrucciones nacionales tras la guerra y el caso español no lo fue menos. Aquí esa “invasión” fue, paradójicamente,

camente, el principal factor que revitalizó a España aportando divisas, acelerando la modernización de sus estructuras sociales y mentales e incluso reforzando su soberanía nacional.

Quisiera terminar señalando el indudable valor de la obra de Sasha Pack que es, sin duda, una referencia imprescindible en la historia del turismo español. Lo es, no sólo por abordar un tema poco conocido y fundamental; también por la perspectiva con la que lo ha hecho. No se trataba de seguir contando millones de turistas o de dólares, había que entender la complejidad del turismo en relación con la diplomacia, las instituciones y la política del momento, así como su encaje en la modernización (no sólo económica) española. Si todo eso se hace con la cuestión de fondo, siempre atractiva, de la identidad nacional *versus* europeización, la lectura es aún más sugerente. Sólo lamento que la historiografía española no haya reaccionado antes a un tema tan jugoso. Esperamos, no obstante, la contrarréplica por parte de algún historiador español y que el enfoque de Sasha Pack sea completado con el del turismo nacional, quizás el gran olvidado de este estudio, porque la visión sería mucho más completa si llegamos a saber qué pasaba con los españoles (turistas, o no) si efectivamente entendieron y vivieron esa invasión pacífica como una europeización, y si el turismo ayudó, o no, a consolidar, desde la mirada de los españoles, el sentimiento de europeísmo.

Ana Moreno Garrido
UNED